

## HOMILIA

### TE DEUM DE ACCION DE GRACIAS

+Antonio Moreno Casamitjana  
Arzobispo de la Sma. Concepción

El canto del Te Deum hace de cada 18 de Septiembre un día de oración. Oración de Acción de gracias. Un acto, por lo tanto, que cobra sentido dentro de la tradición cristiana que arraiga en los mismos orígenes de nuestra historia y de nuestra cultura patria, lo que equivale a decir, en el "alma de Chile". Dar gracias en este día es dar gracias por lo que somos, por ser "chilenos" lo que representa una *manera de ser en comunión con todo un pueblo*, en el que estamos llamados a cumplir, de una manera propia, original, nuestra vocación humana, y, dentro de ella, la tarea que nos corresponde en este mundo. Somos parte de una humanidad cuya unidad aparece cada vez más clara y evidente. Todos los hombres somos una sola gran familia. Pero ser familia significa pertenecer a una comunidad de personas cuya riqueza se encuentra en la gran diversidad que encierra, diversidad aportada por las cualidades de quienes la componen. Así, a la gran familia humana, cada país, cada pueblo, cada nación aporta la riqueza propia de la vida que anima su cuerpo social, una vida potenciada por la multitud de las personas que la habitan.

No tenemos otra manera de realizarnos, es decir, de alcanzar la felicidad- que el de la comunión con quienes necesariamente debemos compartir la vida y cumplir las tareas propias de una existencia humana. Y la comunión en un cuerpo social *necesita un alma*. Esa alma es la cultura y el alma de *la cultura* es (siempre lo ha sido) *la religión*.

Hoy, por una tradición arraigada en la cultura del pueblo chileno, en cada catedral de nuestra patria, la Iglesia cumple, en un marco verdaderamente privilegiado, la misión que constituye su razón de ser: anunciar el evangelio de Jesucristo; anunciar el Reino de Dios que, como hace dos mil años, se ofrece a todo

hombre, a cada cual en el hoy de su historia, y también a cada pueblo. Era lo que hacían ya los profetas conscientes de cargar con la tremenda responsabilidad de proclamar "a naciones y reinos" la palabra que Dios les dirigía a fin de que su historia fuera una experiencia de construir cosas duraderas, de sembrar semillas capaces de desarrollarse con fuerza y dar frutos de vida, y no se tradujera en una serie de fracasos y destrucciones (cf. Jer. 1,10). Era lo que hacía San Pablo cada vez que se le presentaba la ocasión, exponiendo con entusiasmo su experiencia y su conocimiento de Jesucristo, ante las asambleas de los ciudadanos y ante las autoridades. Con el mismo intenso deseo de Jesucristo cuando, delante de la ciudad de Jerusalén, exclamaba: "Si supieras también tú hoy día lo que lleva a la paz" (Lc.19,41). Y eso que parecía estar oculto a los ojos de esa ciudad amada por Dios era lo que estaba ya presente en Jesucristo. La realidad del Reino de Dios que, como dirá luego San Pablo, no es "comida y bebida", es decir, no radica en último término en la satisfacción de las necesidades materiales, sino que es justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo (Rom. 14,17).

Jesús, dice el Evangelio, pronunció esas palabras de lamento contemplando el soberbio espectáculo de la ciudad de Jerusalén desde el Monte de los Olivos y, más que dolerse por la destrucción de sus muros y construcciones, que tendría lugar pocos años más tarde, lamentaba la incapacidad de ese pueblo que tanto amaba, para comprender cómo alcanzar el gozo de vivir en la justicia y en la paz.

No es otra la razón que mueve a la Iglesia a predicar el evangelio en este mundo y para el bien de este mundo. Sabe perfectamente que no le corresponde dirigir las cosas de este mundo. El Reino que Jesús predicó no es de aquí. El ordenamiento de la sociedad compete a sus legítimas autoridades. Jesús no pretendió nunca sustituirlas. Más bien recordó que hay que dar al César lo que es del César. Pero advirtió también que a Dios hay que darle lo que le corresponde. Y la razón es que sin este ordenamiento de todas las cosas a su fin último no se alcanzará el objetivo que todos deseamos: la justicia que asegura la paz. Proclamar la verdad del Reino, que no es una verdad teórica ni una mera imagen espiritual, sino que es verdad de vida, no significa pronunciar juicios sobre las personas. La Iglesia, no puede hacerlo por expresa prohibición de Cristo: "no juzguéis". Y El mismo lo excluyó de su propia misión: "No he venido a juzgar

al mundo, sino para salvar al mundo" (Jn. 12,47). El juicio no forma parte de la misión que el Padre le encomendó y que El luego encomendó a su Iglesia. Pero eso no significa que el "juicio", es decir, el discernimiento entre el bien y el mal, y las consecuencias que se derivan de la elección moral que todo hombre necesariamente tiene que hacer en este mundo, no existan. Yo no juzgo al mundo, dice Jesús; pero –añade- hay quien lo juzgue: El Padre, y la Verdad que de El procede. Cristo es la Verdad, pero no ha venido para el juicio sino para ofrecerse El mismo como Verdad que salva. El juicio final será simplemente la verificación de que la Verdad ha sido recibida o rechazada.

Podrá parecer que estas palabras están muy lejos de lo que debe ser una homilía de Fiestas Patrias. Pero estoy convencido de que esta época de cambio cultural profundo, en la que se proclama la voluntad, también como programa político, de cambiar las bases culturales de la sociedad para sobrepasar los que se suele llamar (un tanto despectivamente) "valores tradicionales", lo que está en juego es sobre qué *verdad* se quiere construir la "nueva sociedad". Y, en primer lugar, sobre qué verdad acerca del hombre, que es el "sujeto" en medio de todas las realidades de este mundo. El hombre que está llamado a pensar, a dar razón de las cosas, a ordenar el mundo, a darle sentido, en fin a "humanizar" la naturaleza entera de la que ha sido constituido Señor y responsable, y, a formar auténtica sociedad humana, sin la cual no puede ser plenamente hombre.

Esta es la preocupación de la Iglesia en el mundo de hoy, expresada en primer lugar y magistralmente por el Santo Padre. El Papa llama a buscar la Verdad, creer en la Verdad, confiar en la razón, no sospechar de la fe. No hay nada que temer de la fe, porque antes de llegar a lo que sólo la fe puede descubrirnos, es preciso creer en la razón. El gran problema del mundo de hoy -viene a decir el Papa- no es el abandono de la fe, sino el abandono de la razón en cuanto es la capacidad específicamente "humana" que nos hace semejantes a Dios, que nos permite alcanzar la verdad con certeza, y que nos permite ser elevados por la gracia al acto de fe como un acto "racional", es decir, humano.

Lo que hoy algunos temen y denuncian no es sólo el acto de fe, sobre el que se arroja la sospecha de pretender imponer verdades y normas de conducta incompatibles con la vida en democracia, sino que también se rechaza la idea de que la razón

pueda alcanzar verdades absolutas, que estén, por ser tales, por encima de las condiciones históricas, sociales, económicas, culturales. Es decir, se desconfía de la capacidad de llegar por la razón a la esencia de las cosas, y, en consecuencia, de conocer la manera como el hombre debe *comportarse* respetando la naturaleza de cada cosa en el contexto del universo creado, y, en primer lugar, reconociendo y respetando su propia naturaleza humana.

La Iglesia no es, por su propia misión, experta en metafísica. Pero la fe en Dios, creador del mundo y del hombre, la predispuso a entender la pasión que tuvieron ya los grandes filósofos griegos por penetrar con la inteligencia en la esencia de las cosas; experiencia espiritual que, en el cristiano, vino a prolongar el gozo que acompaña al conocimiento de la revelación de Dios y de su plan de amor hacia las creaturas. Pero no se trata de un placer puramente cognoscitivo, teórico. Se trata sobre todo -y así lo entenderán también los griegos- de ética. Se trata de responder a la gran cuestión: cómo *obrar* bien, como alcanzar la felicidad -típicamente humana- de obrar justamente; no sobre criterios puramente subjetivos, sino sobre bases objetivas, reales. Es en esa gran cuestión donde se encontraran el pensamiento de Israel y el pensamiento griego, gracias a la mediación cristiana, produciendo esta realidad cultural que llamamos la civilización cristiana-occidental, y de la que hoy no pocos "occidentales" parecieran querer desembarazarse.

El problema es que si se renuncia al criterio superior de moralidad, Dios, la naturaleza de las cosas y mi misma naturaleza, en cuanto éstas son alcanzables por la inteligencia, se cae en la pura discrecionalidad. Y ésta, que en un primer momento puede parecer una ganancia de libertad, termina inevitablemente como sujeción al poder, en la forma que éste adopte. Esta es la preocupación que anima intensamente toda la acción pastoral del Papa Juan Pablo II. Situado en el corazón de Europa, cuna de la civilización de la que somos deudores, percibe el peligro que entraña la desvinculación de las raíces que la sustentan. El Papa es, sin duda, la personalidad que, hoy día más habla públicamente. Se dirige normalmente, como es natural, al mundo cristiano, pero -muy sintomáticamente- sus palabras despiertan interés y suscitan reacciones en prácticamente todo el mundo. Juan Pablo II habla incansablemente (como los antiguos profetas) para recordarnos cuál es el sentido de las cosas más

fundamentales; recordar eso que, hasta no hace tanto, constituía el acervo cultural y la norma evidente de moralidad del mundo occidental y, desde él, irradiaba más allá de sus límites. Hoy, esas verdades hay que recordarlas con urgencia. Qué es la vida humana; para qué son los bienes de este mundo; qué es el trabajo y para qué se trabaja; cuáles son los valores que dignifican la vida de los individuos y de las sociedades; que responsabilidad tiene cada cual respecto a los demás, cualquiera sea su situación; hasta dónde debo respetarlos (¿debo respetar a un no nacido y a un moribundo?); cómo deben comportarse las diversas culturas que están destinadas a encontrarse en el curso de una historia que todos estamos llamados a vivir en el mismo planeta; en fin, qué son en sí mismas instituciones tan fundamentales como el matrimonio y la familia.

Todo esto estaba (y está) claro en el Catecismo, en el que todo cristiano recibía la síntesis de un modelo de humanidad constituido a lo largo de dos mil años a partir de la revelación de Jesucristo, pero con raíces prácticamente universales. Una doctrina con vocación de *catolicidad*. Hoy el Papa aborda esos temas humanos uno por uno, y para muchos -y para multitudes de jóvenes- sus palabras tienen el efecto de una luz en medio de la oscuridad y la confusión. Frente al espejismo de una libertad que permitiría todo tipo de decisiones sobre la vida propia y ajena, y todo tipo de experiencias, la doctrina de la Iglesia quiere ser, no una palabra de orden en campos en los que no tiene autoridad, ni un juicio, para el que no ha sido enviada, sino una palabra de advertencia y de orientación.

De orientación hacia la verdad, actitud que permite el verdadero diálogo, y supera las discusiones estériles y los juicios mutuos, que es lo que sucede cuando ya no se busca la verdad ni lo bueno (porque se renuncia a saber lo que son), sino simplemente el poder.

En estos días estamos aún bajo la impresión reconfortante para todos los chilenos de la figura del Padre Alberto Hurtado, de cuyo fallecimiento hemos recordado el 50° aniversario. El Beato Alberto Hurtado es un regalo de Dios para Chile. En él todo chileno reconoce un modelo indiscutible. Es testimonio de una manera de ser hombre que llega a todos. Admiramos los frutos de indudable impacto social alcanzados en el corto espacio de su vida. Pero debemos tener presente que -usando la imagen

evangélica- ellos son los frutos de un árbol, y que ese árbol es la vida entera de un hombre, construida sobre principios espirituales y morales capaces de integrar todo lo que la constituye como vida humana en una gran coherencia, en torno a una Verdad conocida y amada. Al Padre Hurtado se le puede aplicar el dicho de Jesús: El árbol bueno produce frutos buenos. Por sus frutos se conoce el árbol (Mt. 7, 15-20). El puso bases y construyó para durar. Esas bases eran las verdades, los principios de vida que predicaba con verdadera pasión. Y también la fe y la gracia anunciada con alegría y atestiguada con su vida.

Lo que vale para cada hombre, vale para un país.

Es por eso que la Iglesia, con la seguridad que le da la fe en Jesucristo, con la confirmación de lo que esa fe ha producido en la historia de la humanidad y especialmente por el testimonio de sus santos, fiel a la misión de anunciar la Buena Nueva de la salvación para todos los hombres, pueblos y culturas, continúa anunciando una Verdad que es insuperable, no sólo un momento en la historia de las experiencias espirituales de la humanidad, porque viene del mismo Dios Creador y Salvador del mundo y del hombre. Por eso, es una Buena Noticia que debe ser predicada y enseñada hasta que Cristo vuelva. Esa verdad es la savia que no debiera jamás secarse, para que Chile siga produciendo en las cambiantes situaciones de la historia, los frutos que han abundado, a Dios gracias, a lo largo de su historia, y que jamás deberían ser puestos en peligro.

Esto es lo que hoy día debería ser debatido en el más alto nivel. El alma de una nación, sus principios, sus valores, su fe religiosa no pueden ser tratados a la ligera, como temas funcionales a objetivos políticos. No sería democrático. Precisamente en una democracia, cosas de tal envergadura deben ser planteadas y discutidas con la máxima claridad. Y en ese debate, por supuesto, los católicos -especialmente los que han alcanzado por sus méritos el honor y la responsabilidad de representantes públicos de amplios sectores de ciudadanos- debemos estar dispuestos a hacer valer con coherencia esa Verdad de cuyo resplandor el mundo va teniendo hoy la misma necesidad que tenía el mundo que encontraron las primeras generaciones cristianas.

Nos hemos reunido para asociarnos al canto del Te Deum. Para proclamar, "Santo, santo, santo, Señor Dios del universo; llenos están el cielo y la tierra de tu Gloria".

Cantamos con alegría la Gloria de Dios porque sabemos que ella no le resta nada al hombre. El salmista que canta, "¡Oh Dios, Señor nuestro, qué glorioso es tu nombre por toda la tierra", se maravilla en seguida de que Dios haya hecho al hombre "apenas inferior a un dios; coronándolo de gloria y de esplendor" (Ps. 8, 2.6). Es que, como decía con admiración San Ireneo, el gran doctor de la Iglesia y filósofo del siglo II, conocedor de todas las corrientes de pensamiento de la antigüedad: "la gloria de Dios es el hombre, el hombre viviente". Este es el gran descubrimiento del cristianismo. El drama del hombre no es el de poder liberarse del dominio que los dioses ejercen sobre él, sino del pecado de la propia soberbia que lo lleva al egoísmo y que oscurece en él el reflejo de la gloria de Dios. Ese Dios que lo diviniza elevándolo a la posibilidad de vivir la experiencia que sólo él puede tener en este mundo: la de la comunión, uno de cuyos nombres es la solidaridad.

"Gloria Dei, vivens homo". El "homo vivens" es el hombre *en comunión*. En comunión con Dios; y, desde esa fuente de la comunión, que es el Dios uno y Trino, en comunión de corazón, es decir integral, vital, real y práctica, con todos los hombres.

Concepción, 18 de Septiembre de 2002.